

Ascenso al Infiernillo 3900

(relato de los 9 herederos del sabio *yogui* Cumbrejali)

Primera y única nota aclaratoria (salvo para Silvia que sabe de ascetas y místicos): no confundir con el oso yogui que tantas sonrisas supo generarnos durante nuestra infancia..., sino que nos referimos al practicante de yoga, en este caso con un nombre alusivo al grupo.

El ascenso en procura de la soledad de las montañas, pretendía el despertar de las potencialidades ocultas en el ser de cada uno de los inscriptos y el hallazgo del bastón perdido (en realidad sólo parte de él, algo que se descubrirá con el devenir de la historia).

Si de empresas se trata, esta estuvo predestinada a ser loable desde un comienzo, tal es así que se gestó a partir de la coordinación de tres grupos, de tres pilares, de una triangulación de objetivos que procuraba uno de los cerros de más difícil ascenso: el San Bernardo (desconozco si por el Santo –el viajero infatigable- o por el noble gigante entre los perros). Los grupos se constituyeron del siguiente modo: uno que procuró la debida aclimatación a la altura y que utilizó el refugio de Regatas e hizo noche allí, el otro conformado por un solo hombre, pero más que hombre un gigante entre ellos, el Gran Maestro y Guía Oficial Distéfano, partió de su casa en la montaña. Por último el grupo de los más urbanos (por no decir más dóciles ante el dominio femenino de sus casas), partieron de la ciudad el mismo día, si bien es digno de aclarar, cuando la luz del sol aún se hallaba ausente de la faz de la tierra.

Si bien desconozco los pormenores a que debieron enfrentarse los dos primeros grupos, no es difícil imaginarlo:

1) En cuanto al Refugio se trata, el hombre más valeroso de cuantos hay, nuestro Gran Guía Pedro Szigeti, demostró ser capaz de afrontar no sólo montañas sino la constante cantinela de las 3 damas de la tierra media (Silvia, Betty y Gaby). Junto a él, como fiel escudero Hernán (que como hijo de Mónica debe estar acostumbrado a estos retos, digo de soportar el discurso sin límites). Pero esta introducción locuaz no puede obviar la situación que realmente se generó en ese lugar señalado por los astros; así fue que siguiendo los preceptos de Lakshmi, su sacerdotisa mayor, Silvia, adicionó a la estrechez de un refugio la virtud de adecuarse a toda circunstancia, y fue así que además de dormir el grupo de pie -debido a la falta de espacio-, soportó el embate del viento, la nieve y el roer de bestias provenientes de Nepal.

2) A la “hora señalada” el Gran Maestro Mario Distefano arribó a la playa de estacionamiento del club de andinistas y trepó la montaña hasta el reducto “regatino”.

3) Los últimos en sumarse fueron los tres caballeros de la orden “von italiana” (Daniele, Daniel y Pepe, el que suscribe), que en su paso vehicular hacia el refugio, en claro castellano italianizado y con gestos de gratitud por parte del tirolés Matushka, logramos persuadir a la feroz guardia de no luchar y dejarnos pasar, bajo la condición de que Guía Máximo (Pedro) bajara posteriormente la autorización.

Así llegamos y cuando quisimos ingresar al Refugio percibimos en carne propia la estrechez del mundo. Así mientras algunos sociabilizaban, otros que había presagiado una jornada veraniega debimos improvisar atuendos ante la nieve (por suerte las mochilas eran grandes y llevábamos prendas que se adecuaron bien a la conformación de las capas de cebolla).

Los cánticos comenzaban a bajar desde las alturas, la nieve comenzaba a hacerse más intensa y el grupo partió con fervor, sólo fervor porque no tenía idea de su destino.

Comenzamos caminando por un campo disperso entre tierra húmeda y nieve, para ganar en blancura a medida que demostrábamos nuestro estado atlético. Muchos teníamos por meta superar los 3600 metros y nuestro espíritu andinista se iba a poner a prueba. Entre nosotros se registraba la presencia de la “tortuga manuelita” (sólo en alusión al caparazón verde y a la carga de sabiduría que lleva en su interior) y el simpático von que como se observa en la foto extiende su brazo entre sonrisas. Poco a poco penetrábamos el silencio de la nieve como bien supo marca nuestro el Gran Szigeti.



Un poco más allá de esa cuesta, nuestra esperanza de alcanzarnos al San Bernardo se vio frustrada, pues las condiciones climatológicas extremas llevaron a nuestros guías a recomendar otra opción, no menos digna para un grupo tan selecto...

Así el primer punto en llegar fue piedra grande, digamos la última de varias piedras grandes, porque muchos a la primera más o menos mediana ya deseábamos detenernos. Allí montamos nuestra primera parada en la que algunos “vivillos” (yo entre ellos) nos sacamos fotos junto a las carpas para deleitar a presuntas admiradoras con nuestra garra montañezca. Entre las

experiencias destacables se halla, como anticipara, la que dio parte del significado de esta expedición: la pérdida de la punta del bastón negro (de Betty), que además de su profunda significación daría lugar a una situación delicada que no la involucra propiamente a ella, sino a la más aguerrida de las damas (Gaby). Esperemos entonces hasta que el relato ponga de manifiesto el regreso.



Aunque nuestro recorrido abarque misterios y prueba sobrehumanas, conviene descender a la tierra, específicamente al “fubol”, pues como lo demuestra nítidamente la foto, Daniele lleva un gorro del Milán de Italia y yo de la Juventus de Torino, equipo que constantemente muestra su supremacía sobre los lombardos (a pesar que mi amigo consular lo niegue).

En este punto, en el que repusimos nuestras energías titanescas se escuchó una tibia voz que llamaba al regreso, el Conde había hablado (von Matuschka para los que no conocen su abolengo, también don tirolés...). Sin embargo nuestro grupo estaba atento sólo a la nueva meta impuesta de los 3900 / 4000 y tomamos sus palabras como una propuesta que no implicaba su solitario regreso. Es así que desconociendo la decisión “tirolesca”, el grupo quedó subdividido en dos 8 valientes por un lado y un asceta por otro.

El ascenso se hacía notar, el “infiernillo” revelaba todo su rigor, pero nuestros pies, nuestros bastones, nuestras manos arrastrándose por la cruel pendiente no abandonarían la meta

impuesta. Fue así que nuestro Guía Máximo, avalado por el Gran Maestro, decidió llevarnos a los 3900 metros sobre el nivel del mar y no sólo eso sino que sumó a su pericia de guía, un gps probatorio de la altura y sus correspondientes fotos. Por razones meramente de espacio y de pelos congelados se adjunta sólo la foto de Betty.



Recuperando parte del camino andado, en busca de nuestro segundo campamento, penetramos la nieve en su estado más puro, hundiendo nuestra existencia en un manto de sensaciones indescriptibles, devorados por suavidad, acompasados por su serenidad. Allí, en ese recóndito lugar, pleno de paz y armonía, resurgió la “vileza humana en su faz más aguda, la femenina” y el que suscribe recibió (de lo cual es testigo el sabio Cumbrejali –el yogui que había quedado olvidado desde el principio del texto-) un premeditado ataque de bolas de nieve, un pretendido bautismo que sólo supo repeler desde la inmovilidad, la quietud y la enseñanza de la montaña, hasta que la sangre “tana” acabó con tanto misticismo oriental y repelió mediante el choque directo de paladas de nieve aquel fantástico bautizo. Acompaño una foto que se tomó unos momentos después, tal como puede observarse en la posición playeresca de Daniel Delnevo y sus bellas acompañantes. Continuando con la indagación de nuestro glaciar y de nuestro propio interior, nos animamos a algunos pasos más entre la nieve virgen, en un espesor que llegaba a superar nuestra altura de humanos pero no de gigantes..., bueno quizá habrá llegado a unos 50 cm (que no es poco...!)



Tras el reparador almuerzo, donde aprendimos de parte de Pedro que el jamón de los “sanguches” puede acompañarse con repollo en lugar de lechuga -que se conserva mejor-, nuestro amigo italiano nos comentó mordisco a mordisco sobre el sabor de un tonno (atún) preparado en Italia con esencias de los alpes..., del cual no recibimos ni un bocadito pero que bien supimos afrontar desde nuestro jamón serrano y otras yerbas...

Acompañé aquí la tradicional foto del grupo desde ese campamento provisorio, donde bien supieron los expertos utilizar el retardador de su máquinas digitales para aparecer en las fotos, y que obviamente nos incluyó a todos luego de varias corridas infructuosas al lugar de enfoque por parte de Betty, que con su sabiduría numérica y varias patinadas supo encontrar el recorrido más corto desde el punto de foco hasta el del cuadro.



Es aquí cuando nuestra historia retoma la búsqueda de la parte perdida del bastón negro. Fue así que durante todo el trayecto de bajada buscamos infructuosamente dicho objeto. Pero como recordarán, en Piedra Grande aún quedaba una historia por revelarse y que tuvo lugar cuando el que suscribe, en búsqueda del objeto sagrado, no percibió que una integrante del grupo se ubicaba detrás de la Piedra Grande en menesteres que involucran probablemente algún sobrante corporal (a los efectos de la tranquilidad absoluta de la dama involucrada, debo aclarar que fue tal mi estupor cuando escuché el grito de alto, que volví sobre mis pasos en rápido retroceso, desconociendo por completo a que se debió tan estertóreo rugido).

Tras nuestra falla como grupo en la recuperación del objeto perdido, que quedaba evidenciado en el paso asimétrico de nuestra amiga Betty, volvimos al refugio, cabiendo aclarar que el ritmo impuesto en el descenso por Silvia volvió a marcar un hito.

En el regreso tuvimos nuevo contacto con los cimientes del San Bernardo que como una imagen fantasmagórica nos retaba a un próximo ascenso.



Al llegar al refugio (del cual tenía llave el guía, por desconocimiento del retorno del olvidado Matushka) encontramos al conde bajo su capa protectora de aluminio, que cuando salió de su congelamiento llegó a reconocernos. En realidad nuestra lucha por la supervivencia nos había agotado, pero en el caso de este hombre tirolés de sangre azul, la meditación había llegado a su cumbre, por eso debemos destacar que aunque de un modo distinto, **los 9 hicimos cumbre...**

Epílogo

Como digno final a esta serie de aventuras que implicaron destreza, garra y un profundo sentido de grupo, llegamos al afamado local “La Posta” de Potrerillos, donde nos deleitamos con empanadas y alguna que no nombraré con yogurt.

Como final me permitiré aclarar que cuando dejé al Conde en su casa su estado de recuperación era casi normal, salvo por la abrupta caída sobre la vereda y el golpe en la reja antes de entrar, todo espectacular (broma absoluta, el conde había entrado por sus propios medios...)

Bonus track:

Foto eufórica de parte del grupo, obsérvese la mano en alto de nuestro Gran Guía y al Gran Maestro y Guía Oficial (foto individual), dignos de un reconocimiento especial por permitirnos esta vivificante experiencia.



Grupo de Héroes

Gran Maestro y Guía

1. Mario Distefano

Guía Máximo

2. Pedro

Conde y Tirolés

3. Daniel von Matuschka

Las Chicas

4. Betty Angeleli

5. Gabriela Mesa

6. Silvia Stevez

Agregado extranjero e hincha del Milan

7. Daniele Delnevo

Hijo de la gran escaladora Mónica (los hijos odian estas referencias)

8. Hernán Lazarte

Escritor divagante del presente texto

9. José Luis Costamagna